

Historia de una heterodoxia abertzale: Euskadiko Ezkerra

Hace ya 40 años del nacimiento de ETA político-militar y 20 de la desaparición de la EE de Mario Onaindia y Kepa Aulestia, partido que representó un nacionalismo vasco heterodoxo, integrador y autonomista.

GAIZKA FERNÁNDEZ SOLDEVILLA

Para entender la historia de EE, *Euskadiko Ezkerra* (Izquierda de Euskadi), es necesario remontarse a principios de los años setenta, etapa en la que ETA se había configurado definitivamente como una organización de ideología nacionalista radical y estrategia terrorista. No obstante, a pesar de su creciente popularidad y sus éxitos propagandísticos, como el asesinato del presidente Luis Carrero Blanco (noviembre de 1973), el debate en torno a la conveniencia o no de seguir compaginando “lucha armada” y “lucha de masas” estaba resquebrajando su

cohesión interna. El frente militar de ETA decidió acabar con la controversia a su particular manera. El 13 de septiembre de 1974 un comando colocó una bomba en la cafetería Rolando de la calle Correo de Madrid, cercana a la Dirección General de Seguridad. En la explosión murieron 12 personas (la decimotercera en 1977 a consecuencia de las graves secuelas) y resultaron heridas unas setenta. La oposición antifranquista, que, hasta el momento se había mostrado bastante comprensiva con los “errores” de ETA, criticó de forma clara aquel atentado indiscriminado.

La masacre de la calle Correo precipitó el cisma del grupo. Capitanado por José Miguel Beñaran (*Argala*), el frente militar se escindió para formar ETAm, ETA militar, banda que apostó por la primacía absoluta de la violencia y adoptó la versión más exaltada del nacionalismo. Pese a no reconocer la validez de la Transición, los *milis* tuvieron que adaptarse a ella presionando a los sucesivos gobiernos mediante el terrorismo (“guerra de desgaste”) y tomando el control de la coalición HB, *Herri Batasuna* (Unidad Popular). Así, hasta hace relativamente poco, ETAm se enfrentaba a la democracia parlamentaria combinando una triple estrategia: la sangre de sus atentados, los votos de su servil brazo electoral (HB y sus herederos) y las manifestaciones de su entorno, la autodenominada “izquierda abertzale” (patriota).

En 1974 el grueso de la organización etarra tomó el nombre de ETAp, ETA político-militar. En el plano ideológico el nacionalismo de los *polimilis* se veía atemperado por cierta dosis de marxismo-leninismo. En el estratégico, inspirándose en el modelo de los tupamaros uruguayos, este grupo pretendía combinar la actividad político-sindical con la violencia, que debía ser exportada a otras zonas de España. Su experimento fracasó debido a la actuación de un topo del servicio secreto: Mikel Lejarza (*Lobo*), que proporcionó a la policía la información necesaria para que ETAp fuese prácticamente desarticulada (verano de 1975).

PERTUR Y EIA

La crisis de los *polimilis* permitió a Eduardo Moreno Bergaretxe (*Pertur*), su líder ideológico, diseñar la renovación de ETAp en la ponencia *Otsagabia*. Por un lado, impulsó la génesis de un partido de

corte bolchevique: la vanguardia dirigente de toda la “izquierda *abertzale*” que había de instrumentalizar la “democracia burguesa” sirviéndose de una alianza electoral con la extrema izquierda no nacionalista. Por otro lado, *Pertur* propuso que ETApM renunciase a su anterior protagonismo, subordinándose a la orientación de la nueva fuerza política.

En julio de 1976 Moreno Bergaretxe desapareció en oscuras circunstancias, a pesar de lo cual los *polimilis* siguieron al pie de la letra su plan al crear EIA, *Euskal Iraultzarako Alderdia* (Partido para la Revolución Vasca). Al contrario que el otro sector del nacionalismo vasco radical, que giraba en la órbita de ETAm y llamó a la abstención, EIA participó en las elecciones de 1977 en coalición con el Movimiento Comunista y algunos candidatos independientes. Sus listas, denominadas *Euskadiko Ezkerra*, lograron 64.000 votos, un diputado y un senador. Los comicios supusieron la ruptura definitiva de la “izquierda *abertzale*”: los intransigentes conformaron HB (1978), servil brazo político de ETAm, mientras que los posibilistas apostaron por EIA y EE.

Bajo la dirección de su secretario general, Mario Onaindia, y del parlamentario Juan Mari Bandrés, EIA experimentó una transición dentro de la Transición: evolucionó del marxismo-leninismo de sus orígenes al socialismo, del independentismo al autonomismo y del respaldo al rechazo al terrorismo. En síntesis, el partido se democratizó. Los *euskadikos* abandonaron el sectarismo, la intolerancia, el exclusivismo, los mitos históricos y la narrativa de un supuesto “conflicto” milenarista entre vascos y españoles. Se substituyó la política de las emociones por la de la razón, la tolerancia y el civismo. Tal proceso de secularización permitió que en 1982 EIA convergiera con la tendencia vasquista del Partido Comunista de Euskadi, encabezada por Roberto Lertxundi, para dar lugar a una nueva *Euskadiko Ezkerra*. Siguiendo la clasificación de José Luis de la Granja, esta formación encarnó un nacionalismo vasco heterodoxo similar al que había representado ANV durante la II República: no aranista, autonomista, progresista e integrador.

Ahora bien, la historia de EIA y EE es compleja y contradictoria. Durante la Transición el partido de Onaindia mantuvo una relación de interdependencia con ETApM, organización responsable de 22

asesinatos. Tales vínculos no fueron cuestionados hasta que se hizo patente que la lógica parlamentaria y la del terrorismo eran incompatibles. No se trató de una reflexión moral, sino de un balance de costes y beneficios: la “lucha armada” no solo era inútil, sino también contraproducente para los intereses de la formación. Cuando a finales de 1980 los *polimilis* asesinaron a dos militantes de UCD, los partidarios del cese de la violencia tomaron la iniciativa. En febrero de 1981, tras una petición formal de EIA, ETApM declaró una tregua indefinida. Onaindia y Bandrés negociaron la disolución de la organización con Juan José Rosón, el ministro del Interior.

Por más que el Gobierno de Adolfo Suárez les ofreciese unas condiciones muy ventajosas, no todos los *polimilis* aprovecharon aquella vía. A principios de 1982 ETApM se fraccionó. La rama de los *octavos* pretendió mantenerse en activo. Sin embargo, tras asesinar al capitán de farmacia Alberto Martín Barrios (octubre de 1983), sufrió un imparable declive que le llevó a la marginalidad. Los restos de la banda fueron absorbidos en sucesivas fases por ETAm, que también se había negado a aceptar el acuerdo Onaindia-Rosón. Dos de aquellos *octavos* alcanzarían posteriormente un relevante papel en la “izquierda *abertzale*”: Arnaldo Otegi y Francisco Javier López Peña (*Thierry*).

La otra fracción, ETApM VII Asamblea, anunció su disolución en 1982, lo que dio comienzo a la reintegración en la vida civil de sus miembros (1982-1985). La amnistía encubierta de la que se beneficiaron los *séptimos* no tuvo en cuenta a las víctimas del terrorismo, para quienes el proceso concluyó con la impunidad de sus victimarios, quienes ni entregaron sus armas ni se arrepintieron públicamente. Sin embargo, el fin de este sector de ETApM es una de las claves que explican el descenso del nivel de violencia en Euskadi a partir de 1981. En ese sentido, la reinserción de los *séptimos* fue la mayor contribución de EIA a la convivencia democrática.

¿LA IZQUIERDA DE EUSKADI?

El *agur* a las armas de los *séptimos*, la moderación ideológica de los *euskadikos* y su convergencia con el Partido Comunista fueron éxitos

políticos, pero no trajeron aparejados réditos electorales. En las generales de 1982 EE se conformó con unas decepcionantes 92.000 papeletas. Limitados por la mayoría absoluta del PSOE de Felipe González y por la primacía del PNV en el País Vasco, los resultados de los *euskadikos* se estancaron. En 1985 Mario Onaindia renunció a la Secretaría General, siendo sustituido por un joven Kepa Aulestia, quien mantuvo la retórica heterodoxa de su predecesor mientras intentaba modernizar y profesionalizar al partido.

Gracias al cisma del PNV, la fortuna de EE cambió en las elecciones autonómicas de 1986: 124.000 votos. Con el fin de constituir un Gobierno vasco transversal se entablaron negociaciones entre el PSE, EE y EA, *Eusko Alkartasuna* (Solidaridad Vasca), la escisión del PNV abanderada por Carlos Garaikoetxea. Sin embargo, las ambiciones, la intransigencia y los sectarismos hicieron imposible la entente progresista y el PSE terminó pactando con el PNV, dando lugar a una década de alianza entre *jeltzales* y socialistas. Los *euskadikos* habían perdido su gran oportunidad histórica.

Decepcionados por el fiasco, los líderes de EE se propusieron dejar de ser el Pepito Grillo de la política vasca. En su III Congreso (mayo de 1988) los *euskadikos* se marcaron el objetivo de constituir un gabinete de coalición con el PNV, formación a la que previamente habían intentado desplazar del poder. EE renunció a la “lucha de clases” y adoptó el “socialismo democrático”. Ambas novedades formaban parte de un ambicioso plan: dar el *sorpasso* al PSE.

Con el fin de crecer a costa del partido de Ramón Jáuregui, los *euskadikos* se autoproclamaron los auténticos socialistas vascos, insistiendo en la autoctonía y autonomía de su formación, mientras acusaban al PSE de ser una simple “sucursal” de “Madrid”. Al mismo tiempo EE le dio un “sí inequívoco” a la Constitución de 1978. El hito resultaba un paso lógico, teniendo en cuenta su evolución heterodoxa, pero el momento elegido daba a entender que una de las cosas que se pretendían era ganarse a la base sociológica del PSOE: la declaración se realizó unos días antes de la huelga general del 14 de diciembre de 1988, jornada en la que se evidenciaron las tensiones entre el Gobierno González y la UGT.

Ahora bien, hay que tener en cuenta que si la apuesta socialdemócrata y constitucionalista de EE suponía una amenaza para el PSE, también los socialistas ansiaban expandirse a costa de los *euskadikos*.

La tentativa de suplantarse al socialismo histórico fue contraproducente para EE, ya que desdibujó sus señas de identidad. Además, su Comité Ejecutivo ni siquiera fue coherente con tal estrategia. Mientras se ensayaba el *abertzalismo* constitucional, el partido dio un giro nacionalista al votar a favor del derecho de autodeterminación en el Parlamento Vasco (1990). Su ambición, sus bandazos ideológicos, su enfrentamiento con el PSE y su seguidismo al PNV confundieron al electorado de EE y sacaron a la luz sus contradicciones internas. En la formación de Aulestia fueron perfilándose dos corrientes enfrentadas: Auñamendi, más *abertzale*, radicada en Guipúzcoa y que miraba hacia EA, y Renovación Democrática, respaldada por Onaindia y Bandrés, más socialista, fuerte en Vizcaya y Álava y que postulaba una alianza con el PSE.

EL FIN DEL SUEÑO

En las elecciones autonómicas de 1990 los *euskadikos*, que se habían presentado con el lema “Tu voto más útil”, sufrieron un batacazo: 79.000 sufragios. Para EE, que siempre tuvo más simpatizantes que votantes, era la constatación de su fracaso en las urnas. Quizá su discurso ético, cívico y racional no tenía cabida en la crispada política vasca, en la que tan comunes eran el victimismo, la demagogia y la exaltación de las identidades exclusivas.

Los *euskadikos* consiguieron que el PNV los incluyera en el nuevo Gobierno vasco, desplazando al PSE, pero la pérdida de un tercio de sus apoyos había deslegitimado el liderazgo de Aulestia, quien renunció a renovar su cargo. Así se abrió una lucha por el poder, que se mezcló con las divergencias doctrinales entre las dos “almas” de la formación (la *abertzale* y la socialista), la discusión sobre quién había de ser el tercer socio del gabinete de coalición (EA o el PSE), las tensiones territoriales y los desencuentros personales. En el IV Congreso de EE (1991) venció la ponencia de Renovación Democrática: el partido quedó definido como “izquierda nacional vasca”, es decir, más

vasquista que *abertzale*, y se decantó por un acercamiento estratégico al PSE. Jon Larrinaga fue nombrado secretario general.

Dado que el PSE se inhibió, el PNV y EE integraron a EA en un Gobierno vasco con programa autonomista. Sin embargo, las mociones independentistas municipales de la formación de Garaikoetxea provocaron que el *lehendakari* José Antonio Ardanza no tardara en sustituirla por el PSE. La crisis de los *euskadikos* entró en su fase terminal: la corriente Auñamendi, contraria a la exclusión de EA, se escindió para formar un efímero partido denominado EuE, *Euskal Ezkerra* (Izquierda Vasca). A la postre, la convivencia entre nacionalistas y no nacionalistas en una misma formación había resultado imposible. La implosión de EE fue, en cierto modo, un precedente de lo que ocurrió con la política vasca en 1998, cuando se pusieron en marcha el Pacto de Estella y el frentismo *abertzale*.

Aunque mantuvo su respaldo al Estatuto de Autonomía, EuE adoptó un discurso más nacionalista que EE y formó una coalición con EA en las elecciones generales de junio de 1993. Los resultados de EA-EuE fueron peores que los que en 1989 había obtenido la formación de Garaikoetxea: de 124.000 a 118.000 votos. EA intentó absorber a EuE, a lo que se negaron sus dirigentes, que preferían establecer una alianza estable. En marzo de 1994 Euskal Ezkerra aprobó su disolución.

Dando un giro a la izquierda, EE había abandonado el campo nacionalista con vistas a una unificación orgánica con el PSE. Era un intento de retomar la senda iniciada con la fusión de EIA y el EPK en 1982. Para su proyecto, tanto los líderes de EE como Jáuregui, tomaron como modelo al PSC catalán. La idea era formar un nuevo partido socialista y vasquista, que contase con una amplia autonomía dentro del PSOE. La suma aritmética de los votos de EE y el PSE abría la posibilidad de que la nueva formación fuese una alternativa de gobierno al PNV.

El VI Congreso de EE (1993) aprobó la convergencia con el PSE. Un mes después, se creó el actual PSE-EE, Partido Socialista de Euskadi-*Euskadiko Ezkerra*, que defendía un autonomismo avanzado abriendo la puerta a una eventual federalización de España. Pese a sus resoluciones congresuales de signo vasquista, el nuevo PSE-EE no era más

que el viejo PSE con otras siglas. No se había producido una convergencia propiamente dicha, sino que la formación de Jáuregui había fagocitado a la de Larrinaga. Baste comprobar la aplastante mayoría de exmilitantes del PSE que había en los órganos de dirección. Jáuregui ocupó la Secretaría General del PSE-EE y José María (*Txiki*) Benegas la Presidencia.

Con todo, aquella fuerza parecía destinada a cambiar la historia de Euskadi. En las elecciones generales de 1993 el PSE-EE consiguió 293.000 sufragios. No solo había conservado un tercio de los votos de EE, sino que, además, se convertía en la primera fuerza del País Vasco, amenazando la hegemonía del PNV (287.000). Fue un espejismo. En las autonómicas de 1994 el PNV recuperó su primacía al obtener 304.000 papeletas mientras que el PSE-EE, muy lejos, solo cosechó 174.000. Los estudios postelectorales prueban que aquel fiasco respondía al desprestigio del Gobierno de Felipe González, pero algunos líderes socialistas culparon a la unificación. El legado de los *euskadikos* se diluyó mientras el sueño de una alternativa progresista y vasquista al PNV fue postergado durante casi una década.

EE naufragó, pero su travesía no fue en balde. Los *euskadikos* no consiguieron cambiar el rumbo del País Vasco, pero se cambiaron a sí mismos. Abandonaron el odio y la violencia, aprendieron el valor de la democracia y se transformaron en ciudadanos en el más amplio sentido del término. No es poco. Otros, los mismos que les tacharon de “traidores”, han tardado treinta años y cientos de muertos en comenzar siquiera a plantearse.



GAIZKA FERNÁNDEZ SOLDEVILLA ES AUTOR DE *HÉROES, HETERODOXOS Y TRAIADORES. HISTORIA DE EUSKADIKO EZKERRA (1974-1994)*.